



Portada: *Pubertad*, óleo de Edvard Munch

ÍCONOS

REVISTA DE FLACSO - ECUADOR

Nº 8. Junio - Agosto, 1999

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ÍCONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRIÓN

EDITOR ÍCONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ÍCONOS
SEBASTIÁN MANTILLA BACA

CONSEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRIÓN
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano Páez
118 y Patria
Teléfonos: 232-029
232-030 / 232-031 / 232-032
Fax: 566-139
E-Mail: coords2@hoy.net

ÍCONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

ACTUALIDAD

Democracia y economía
PABLO ANDRADE 3

La nueva ruralidad en el Ecuador
LUCIANO MARTINEZ 12

Entre piratas y fantasmas
GALO CEVALLOS 20

DESCENTRALIZACION



La descentralización y el sistema político
JORGE LEON 27

Descentralización y relaciones intergubernamentales en Europa
JONAS FRANK 38

JOVENES

Bellos pero irresponsables
NORMA ALEJANDRA MALUF 47

De malestares en la cultura, adicciones y jóvenes
MAURO CERVINO 58

FRONTERAS



Cuba, la dignidad y la izquierda latinoamericana
MARC SAINT - UPERY 69

DIALOGOS

Estado y política en la Europa de fin de milenio: entrevista a Ludolfo Paramio
AUGUSTO BARRERA 77

ENSAYO



Frontera étnica y masculinidades en el ejercicio del gobierno local
FERNANDO LARREA 87

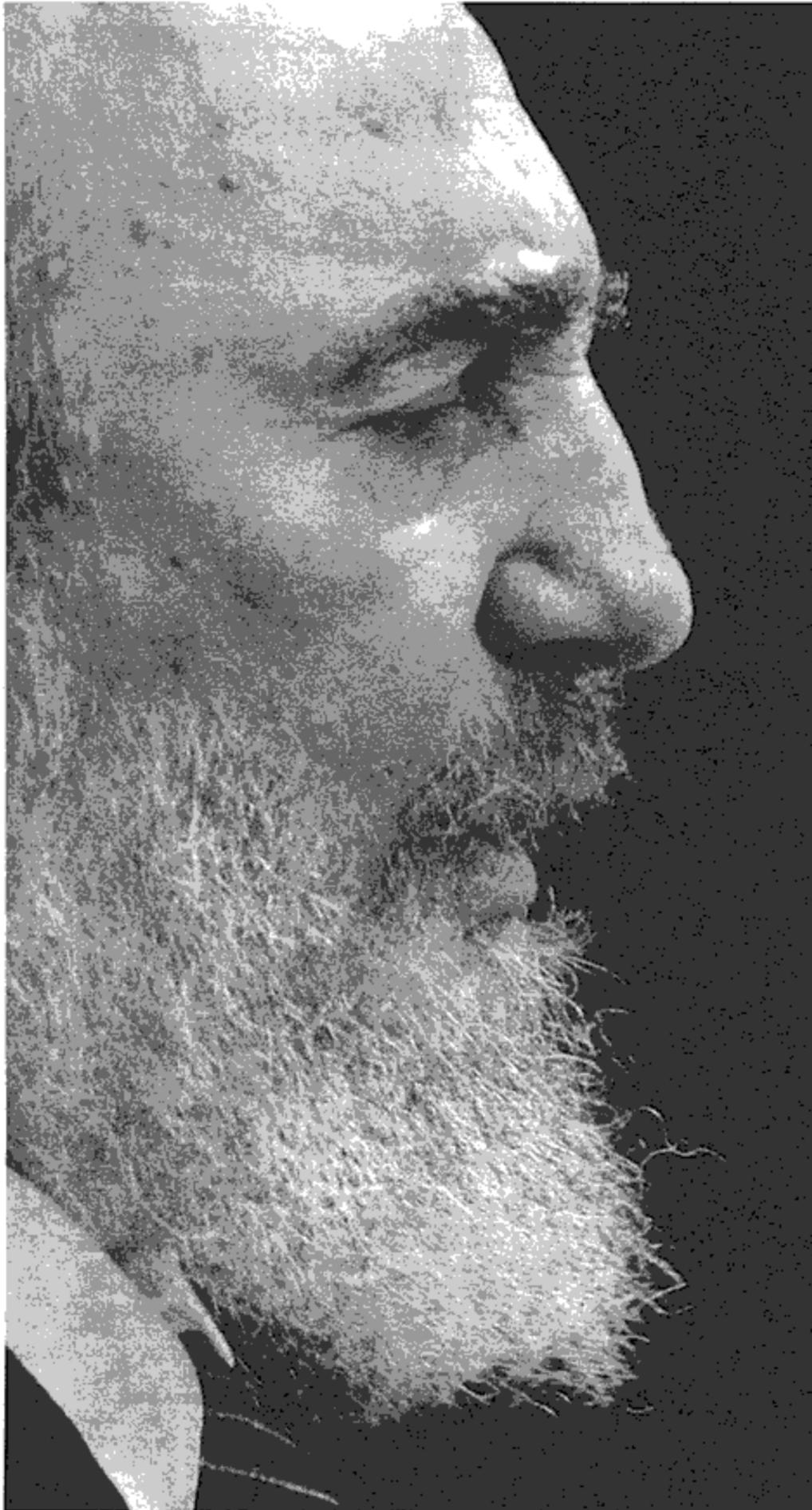
ILDIS

25 años de aportes a las ciencias sociales 103

RESENAS

Reseñas bibliográficas:
- Modernidad y identidad
- La ciudad, escenario de comunicación 117

Cuba, la dignidad y la izquierda latinoamericana



Las pasiones ideológicas traicionan a los intelectuales de izquierda a la hora de juzgar los derechos humanos en Cuba

Marc Saint-Upéry
Editor y periodista francés

Uno puede quedarse legítimamente escéptico ante el tratamiento del tema de los derechos humanos en los foros internacionales, sobre todo cuando sirven para justificar políticas turbias o incoherentes, como la de Estados Unidos. Sin embargo, es sorprendente ver con qué facilidad ciertos intelectuales de la izquierda criolla descartan con altisonante indignación la posibilidad que cualquier condena a la violación de los derechos humanos en Cuba pueda ser motivada ... ¡por la violación de los derechos humanos en Cuba! Un notable escritor ecuatoriano me explicó una vez con tono gélido que, bajo su techo, no se podía emitir la mínima crítica a Fidel Castro. Desgraciadamente, he tenido muchas ocasiones de comprobar esa curiosa concepción del debate democrático en el Ecuador. En países menos provincianos, como México o Brasil, la reflexión parece más avanzada, pero aquí, los intelectuales de izquierda se dividen entre los que no quieren saber del asunto y los que más o menos saben pero prefieren dejar a un Vargas Llosa o a un Montaner el monopolio de la de-

nuncia por miedo a ser asimilado al «enemigo» —lo que denota un masoquismo populista latente y una extraordinaria falta de confianza en sí mismo de parte de la inteligencia progresista. Me parece que hoy en día, lo que podría medir un «decentómetro» es la capacidad de mirar de frente a la realidad cubana sin esconderse detrás de argumentos desgastados por haber sido tantas veces expresados con un furor proporcional a su débil poder argumentativo.

Una esperanza traicionada

La legítima esperanza despertada por la revolución cubana en una América Latina agobiada por las dictaduras y las oligarquías predatoras, con la complicidad activa de Washington, ha sido la fuente de muchas energías transformadoras, pero también de muchas ilusiones. La solidaridad contra las arremetidas yanquis a la isla, sumamente justificada en sus motivaciones, quedó siempre confusa en su entusiasmo ingenuo, incapaz de distinguir entre el régimen y la sociedad, el caudillo y el pueblo, el supuesto proyecto de transformación social y la formación de una nueva casta dominante. Indiferente al amordazamiento y a la atomización de la clase media cubana, principal actora de la lucha contra Batista en los centros urbanos, la izquierda latinoamericana tampoco se fijó en la domesticación totalitaria de las organizaciones populares, expresada por la ley 647, que legitimaba el control absoluto del estado sobre los sindicatos; mientras, con la ocupación militar de la sede de la Central de los Trabajadores Cubanos en abril 1960, Raúl Castro inauguraba la dictadura sobre el proletariado. Desde esa época, más de cien mil cubanos inocentes de cualquier intento conspirativo, pero simplemente «sospechosos» de no simpatizar con la revolución —en su exclusiva

interpretación castrista— han conocido las cárceles y los campos de trabajo de la isla y podido saborear, además de los golpes, los abusos y las humillaciones de todo tipo, el siniestro vocabulario de los órganos de seguridad y de «justicia» cubanos: «desacato, diversionismo ideológico, propaganda enemiga, etc.» (1). En lo económico, la imitación acrítica de la planificación burocrática soviética ha sido amenizada únicamente por los experimentos caprichosos del tinterillo convertido en dictador omnisciente, a tal punto que los propios consejeros rusos exigieron en 1970 que Castro deje de entrometerse y de prodigar sus geniales intuiciones agronómicas

El socialismo cubano tiene solo diferencias marginales con los regímenes del ex bloque soviético, y comparte todas sus aberraciones

(¿se acuerdan de la desastrosa zafra de los diez millones?). Más allá de esos absurdos económicos, el socialismo cubano tiene solo diferencias marginales con los regímenes del bloque soviético y comparte todas sus características más repelentes: eliminación de los miembros inconformes de la primera generación revolucionaria, supresión del espacio público democrático y aplastamiento de la sociedad civil, hegemonía absoluta de los aparatos de seguridad e instauración de un modo de producción esclavista dentro del sistema carcelario (2). Cuarenta años después, con las lecciones de Carlos Franqui, Jorge Edwards, René Dumont, Martha Frayde y tantos otros testimonios críticos de impecable

pedigree progresista (3) —y con el ejemplo reciente de la infame y ultra-represiva Ley de Protección de la Independencia Nacional—, no hay más excusas para prostituir la palabra dignidad a los intereses de la burocracia cubana. Como decía Benny Moré: «Para qué perder el tiempo, para qué volvemos locos, si nuestro amor se ha perdido...»

Ahí veo agitarse las banderas enfiurecidas de los servidores del culto, con su lema que pretende justificarlo todo: educación y salud. Bueno, en muchos países europeos hay buena salud y educación públicas y gratuitas sin necesidad de prohibir a los campesinos vender libremente sus papas ni de encarcelar a los intelectuales indóciles. ¡Pero hablamos del Tercer Mundo, me contestarán escandalizados! ¿Quieren decir que los habitantes del Tercer Mundo son seres ontológicamente tan diferentes de los europeos que, para proveerles de salud y educación, hay que tratarles como siervos del Estado y del partido único? Sin embargo, Costa-Rica tiene muy buenos índices de desarrollo humano para la región sin haber pretendido construir el paraíso terrestre a latigazos. No estoy diciendo que los ticos sean la octava maravilla del mundo, estoy sólo hablando de esos mismos bienes públicos concretos que algunos me lanzan a la cara. El hecho de que la salud y la educación cubanas sean tal vez aún mejores (lo que no comprueba el índice de desarrollo humano del PNUD (4) no justifica en nada la defensa de lo indefendible. En el caso contrario, los incondicionales de Castro tendrían que probar que 750 gramos de relativamente buena salud y educación, más 250 gramos de censura total y feroz represión policial hacen 1 buen kilo de excelente salud y educación. Esa es la matemática filocastrista. ¿Para qué sirve una loable política voluntarista de salud pública cuando sus

logros son amenazados por la ineficiencia global del sistema (que un embargo comercial criminal y contraproducente no basta para explicar)? O cuando un médico, el doctor Desi Mendoza, es condenado a ocho años de cárcel (¡ocho años!) bajo acusación de «propangada enemiga» por haber hablado a periodistas extranjeros de una epidemia de dengue en Santiago, hecho que la misma prensa oficial reconoció ulteriormente. (5) ¿Para qué sirve una buena educación si el mercado negro y los dólares mandados por familiares desde Miami valen más que cualquier diploma?

El fracaso económico y el pretexto del embargo

Hablemos del «bloqueo», ya que es uno de los argumentos favorecidos de los que defienden a Castro a pesar de todo. Hubiera mucho que decir sobre el impacto real del embargo (ya que de eso se trata) estadounidense en la economía cubana, pero dejemos hablar al comandante: «En Cuba tenemos serias dificultades, pero no es por lo que usted llama el bloqueo. En primer lugar el bloqueo nunca ha sido completo, y en segundo lugar el bloqueo nos ha permitido aumentar sin cesar nuestro comercio con Gran Bretaña, España y Francia, por ejemplo... ¡No, nuestras dificultades se deben a nuestros errores, que han sido muchos!». (6) Medidas infames como las leyes Torricelli o Helms-Burton prueban simplemente que, en ese asunto, la política exterior gringa es tan obtusa y fanáticamente ideológica como la política interior cubana. En cuanto a la famosa invasión yanqui (lo de Playa Girón fue una payasada sumamente mal organizada por la CIA —1500 invasores contra 30 000 defensores—, lo que valió a Kennedy el odio de los exiliados batistianos), los cubanos suelen decir que «es como los alimentos:

siempre la anuncian y jamás llega». Muchos disidentes cubanos del interior, así como los sectores democráticos del exilio, son hostiles al embargo por dos razones: 1) es injusto en su principio, y además golpea la población y no la casta dirigente, la cual tiene sus asignaciones especiales, tiendas reservadas, etc.; 2) fortalece la dictadura y le sirve de pretexto a Castro para justificar cualquier canallada. La verdad económica sobre Cuba es que un país que ha recibido de la URSS miles de millones de dólares

¿Para qué sirve una buena educación si el mercado negro y los dólares enviados por familiares desde Miami valen más que cualquier diploma?

de subsidios ha sido incapaz de desarrollar un sistema de producción eficiente y un sistema de distribución equitativo (la desigualdad crece velozmente y no hay organismos reivindicativos independientes para defender los que no son miembros de la nomenklatura y tampoco tienen acceso al dios dólar que reina en la isla).

Vale la pena pararse en este tema, ya que, en ausencia de datos cubanos confiables (véase nota 10), la increíble discrepancia entre la ingente ayuda soviética y los magros resultados de la economía cubana nos da una idea de la perversidad funcional del sistema. Hay varias estimaciones del monto de lo que los economistas cubanos llaman públicamente un «mercado preferencial muy ventajoso» (7). Algunos críticos del modelo cubano hablan a veces de entre 8 a 10 millo-

nes de dólares diarios (o sea 2.900 a 3.600 por año), la historiadora Irina Zorina, de la Academia de Ciencias de Rusia, de más de 100 mil millones de dólares. El periodista italiano Aldo Garzía, corresponsal del diario de extrema-izquierda *Il Manifesto* y simpatizante del régimen cubano, cita la cifra de 1 millón diario (8). Uno de los trabajos más serios sobre el tema es el del economista soviético Yuri Kornilov (9), que estima realista la cifra de 5 mil millones anuales dada por el *New York Times*. Eso equivale a 25 mil millones de dólares en el último plan quinquenal soviético, o sea más o menos un tercio del monto del Plan Marshall para toda Europa. Kornilov explica en detalle los mecanismos de esa ayuda. En los años ochenta la Unión Soviética compraba un promedio de 4 millones 300 mil toneladas de azúcar sin refinar a Cuba, a un precio cuatro veces mayor que el mercado internacional, y Cuba compensó solo 40% de los pagos extras que la URSS había hecho por el níquel, los cítricos y el azúcar cubano. La Unión Soviética proveía también «créditos para compensación de pagos mutuos de productos y servicios», los cuales constituían dos tercios de la ayuda crediticia a Cuba, que ésta no ha cancelado ni podrá hacerlo, por lo que debe considerarse como cooperación no reembolsable. Hay que contabilizar, además, las donaciones bajo forma de infraestructura y mantenimiento (plantas y proyectos) que cubrían 44% de la producción total de electricidad de la isla, 95% del acero, 60% de los abonos de sulfato, 100% de los servicios de las cosechadoras azucareras, los televisores y las radios.

La impresión que dejan esas cifras es la de una economía bajo perfusión, con un nivel de productividad tan bajo y de despilfarro tan alto que se encontró incapaz de hacer fructificar esa tremenda inyección de recursos.

Dejemos la conclusión al catedrático y parlamentario socialista chileno Luis Maira: «Al final [...] el modelo económico altamente centralizado nunca resolvió ciertos problemas que son básicos, como el funcionamiento de los circuitos de comercialización y distribución. Cuba no ha resuelto en 30 años el problema de abastecimiento y ese es un dato que no puede dejarnos indiferentes; el que se siga considerando normal después de tres décadas [el autor habla en 1991], que existan cartillas de racionamiento cuando no hay capacidad de interferencia de los "enemigos internos" ni existen instancias de distribución capitalista movidas por el espíritu de lucro, cuando toda la economía está en manos del Estado, cuando se ha nacionalizado hasta las pequeñas tiendas de comercio privado, con un control público más extenso que en otras economías socialistas. No hay ninguna otra explicación sino problemas de falta de eficiencia del sistema.» (10)

Es muy interesante comprobar esa conclusión por una lectura atenta de lo que dicen los mismos estudiosos oficiales cubanos, en particular los economistas. No es necesario leer mucho entre las líneas para descifrar, en medio de la jerga tecnocrática, confesiones semi involuntarias de la amplitud del desastre. Así, en un texto de Luis Suárez Salazar, director del muy oficialista Centro de Estudios sobre América de La Habana, aprendemos que, con la necesaria introducción de elementos de economía «mixta» y «semiprivada» para revitalizar el sistema productivo cubano y superar el «agotamiento del modelo de crecimiento extensivo» (11), hay el riesgo de ver «acentuarse la crítica a la ineficiencia de la propiedad estatal, centralizada y, para algunos, manejada burócraticamente» (12). O sea, en claro: estamos en un callejón sin salida; si no



hacemos nada para liberalizar la economía, nos vamos al derrumbe, pero si hacemos algo, los ciudadanos podrían hacer comparaciones desagradables para el régimen.

El derecho a la crítica

Ese miedo oficial a la inteligencia crítica de los ciudadanos nos hace volver a la cuestión del impacto real de la educación cubana. No hay dudas que Cuba hizo un esfuerzo impresionante y admirable para un país del Tercer Mundo —aunque, además de Costa Rica, se pueden señalar los esfuerzos notables en educación y salud de países como Sri Lanka, el estado de Kerala en India o Jamaica, inicialmente mucho más pobres que Cuba (13). Sin embargo, eso vuelve aún más sorprendente el fracaso económico. En efecto, ¿cómo es posible tal nivel de ineficiencia con una población tan preparada? Los laudadores de Castro no se hacen nunca esa pregunta tan evidente y tampoco se preguntan a qué sirve el desarrollo intelectual cuando no existe ese incentivo al mejoramiento permanente que es la libertad de crítica.

El problema fundamental es que, para los filocastistas, no todos tienen derecho a la crítica. Yo, por de-

finición, como pequeño-burgués europeo, estoy descalificado para hablar de estos asuntos, ¿verdad? ¿Y los intelectuales y profesionales que huyen de la dictadura castrista? No tienen tampoco derecho a criticar. Si son hijos de familia burguesa o intelectual, son unos canallas decadentes que no supieron superar sus espurios orígenes; si son hijos de campesinos u obreros que se beneficiaron de la tan afamada educación cubana, son unos ingratos que escupen en la cara de la revolución. ¿Y las decenas de miles de hijos anónimos del pueblo que arriesgan su vida en el mar Caribe porque ya no aguantan las privaciones, el autoritarismo, la imbecilidad burocrática? Esos, me contestó otro escritor ecuatoriano, son «el lumpenaje de siempre» (¡textual!). ¡Qué extraordinario desprecio a los seres concretos en el nombre del pueblo abstracto! Con este modo de razonar, se puede sustraer del pueblo legítimo cada fracción de la población que no es conforme con los caprichos del líder máximo y su casta de inquisidores omnipotentes hasta que no quede nadie. Como lanzó Brecht a los dueños del partido cuando descubrió la verdadera naturaleza del régimen comunista este-alemán en la represión de la revuelta obrera de 1953,

«¡si no les gusta el pueblo, que elijan a otro!». Tal vez eso es lo que muchos intelectuales latinoamericanos quisieran poder hacer.

Hablando de elecciones, si se cree que el pueblo cubano apoya mayoritariamente a Castro, ¿por qué temer elecciones libres? Y si en realidad se teme que el pueblo ingrato y versátil, que se cansó de vivir solo de dignidad y quiere egoístamente gozarse unos pedacitos de bienestar y de libertad presentes y concretas (quizás ilusionándose exageradamente sobre las bondades del libre mercado) vote en contra del partido, ¿por qué seguir pretendiendo que el pueblo apoya a Castro? La capacidad de ciertas personas para seguir hablando de dignidad en medio de esas contradicciones espantosas es asombrosa. Igual asombro suscitan los discursos de quienes, en un mismo respiro, denuncian las garantías jurídicas del estado de derecho (inexistentes en Cuba) como una trampa hipócrita de la democracia burguesa y aplauden la inculpação de Pinochet por un juez español, o tocan la cuerda inagotable de la Cuba de Batista, «burdel de los Estados-Unidos», sin mencionar el uso publicitario cínico y casi-explicito de los encantos de las mulatas cubanas (en afiches del metro parisino, por ejemplo) por parte de las agencias estatatales cubanas que cobijan los dólares del masivo turismo sexual europeo, canadiense y latinoamericano.

El miedo a la verdad

Ese tipo de contradicción no es exclusiva de la izquierda: caracteriza a todos los intelectuales, conservadores, liberales o socialistas, que reconocen como oprimidos y explotados «acreditados» sólo a quienes satisfacen los criterios de su narcisismo moral y de su ceguera

ideológica. En el caso de la cubano-latría, tampoco creo que se trata siempre y únicamente de hipocresía. Ahí, hay mucha gente decente que simplemente ha perdido contacto con la realidad y, asustada por lo que interpreta falsamente como la posible derrota de sus ideales de justicia, le tiene miedo (que digo, ¡pánico!) a la verdad, a las verdades concretas y singulares que no se dejan encajar en viejos esquemas binarios. Decía otro gran comunista disidente, el poeta Pier Paolo Pasolini, que no hay vergüenza en el hecho de admitir que el socialismo es una forma secularizada de la promesa judeo-cristiana. El problema, añadía, es que muchas ve-



ces los intelectuales de izquierda han conservado de su trasfondo cristiano solamente dos de las virtudes teológicas, la fe y la esperanza, para mejor olvidarse de la tercera, la caridad —con lo cual no aludía a la monecita dada a los pobres sino al respeto y el amor (la agapê de San Pablo) a lo singular, a lo diverso, a la rica pluralidad del real, o sea la corrección del entusiasmo mesiánico y de la abstracción dogmática por la sabiduría de la experiencia y el rescate de la individualidad concreta (14). Ese fue el gran pecado de la izquierda en este siglo, aún más sorprendente cuando se conocen las críticas feroces de Marx (en la Ideología alemana) a la hipostásis conceptual de palabras-fetiches y de pseudo-entidades colectivas.

En 1989, un pintor izquierdista italiano, Mario Schifano, hizo un

maravilloso retrato del mismo Marx alegrándose del derrumbe de la mentira soviética y declarando maliciosamente: «¡Por fin libre!». Igualmente, el día que se derrumbe la mentira castrista, el chantaje a la dignidad castrista, la tentativa de secuestro de la esperanza de todo un continente por un régimen monomaniaco que siempre sabe mejor que el pueblo lo que el pueblo necesita, esperemos que habrá intelectuales (no hablo de los partidos, ya que siempre tendrán sus torpes razones diplomáticas) para decir lo mismo de la izquierda latinoamericana: «¡Por fin libre!» Quizás desnuda de sus ilusiones lí-

ricas, de sus facilismos ideológicos, de su licencia para despotricar y censurar en lugar de pensar y construir, pero libre de repensar criterios de justicia, equidad y desarrollo que permitan resistir a la barbarie neoliberal y humanizar la civilización capitalista mientras se delinea poco a poco, en un futuro que na-

die puede predeterminar, mediante prácticas sociales concretas, políticas públicas transparentes, luchas democráticas y utopías factibles, otra humanidad y otra civilización.

En cuanto a Cuba, puede ser que la transición democrática que tanto necesita y que nadie podrá impedir para siempre, se convierta mañana en caos o en revanchismo ultraliberal. Puede ser que la burguesía mafiosa de Mas Canosa se adueñe un día de la isla. Sin embargo, no tendremos que olvidar que la culpa de este desastre provisional (porque no creo que el pueblo cubano se deje engañar otra vez por mucho tiempo), habrá que echarla primero no al vecino imperialismo si no al mismo caudillo y a los cómplices conscientes o inconscientes de su delirio totalitario.

NOTAS

*Editor, periodista y traductor francés residente en Ecuador. Una versión mucho más corta de este texto fue publicada en el diario Hoy el 9 de mayo de 1991, con motivo de la polémica suscitada en los medios ecuatorianos por el voto de condena a Cuba en las Naciones Unidas.

(1) Entre las varias actividades que han sido consideradas como contrarrevolucionarias a lo largo de la historia del régimen castrista, citemos: escuchar la Voz de América o Radio Martí; leer o tener libros prohibidos; ser testigo de Jehovah; ser homosexual o tener pelo largo; hablar mal de la revolución o sus dirigentes; ser pariente de algún fugado a Miami; hasta julio 1993, tener dólares; no participar en el trabajo «voluntario»; querer salir del país, aunque legalmente; no delatar a un contrarrevolucionario; reunirse más de tres personas (art. 240 del código penal); apoyar el respeto a los derechos humanos; etc.

(2) El responsable del sistema carcelario en el Oriente cubano, Papito Struch, declaró en 1974 que «los detenidos son la principal fuerza de trabajo de la isla». El semanario Bohemia reconoció en 1973 «la utilización de prisioneros contrarrevolucionarios para trabajos de utilidad pública». El sistema carcelario y el trabajo forzado es bien descrito en la extraordinaria autobiografía del escritor Reinaldo Arenas, *Antes que anochezca*, Tusquets, Barcelona, 1992.

(3) Carlos Franqui (comandante revolucionario), *Vidas, aventuras y desastres de un hombre llamado Castro*, Planeta, Barcelona, 1988; Jorge Edwards (famoso escritor y embajador de Allende en La Habana), *Persona non grata*, Plaza & Janés, Barcelona, 1973; René Dumont (agronomo francés tercermundista), *Cuba est-il socialiste?*, Martha Frayde (militante comunis-

ta, representante de Cuba en la UNESCO en los años setenta), *Ecoute Fidel*, Denoël, Paris, 1987. Señalemos el excelente libro coescrito por un periodista ecuatoriano: Homero Campa y Orlando Pérez, *Cuba: los años duros*, Plaza & Janés, Barcelona, 1997. Se trata de un modelo de escrupulosidad investigativa que da voz a las múltiples interpretaciones que circulan dentro la propia isla, desde los círculos del poder hasta la oposición, pasando por el hombre de la calle. Tiene además el inconfundible toque de seriedad y autenticidad de quien ha vivido años en Cuba sin pasar su tiempo en banquetes ni visitas oficiales. Una buena y divertida síntesis de los análisis críticos más serios sobre Cuba se encuentra bajo la pluma talentosa de Rius, *Lástima de Cuba. El grandioso fracaso de los hermanos Castro*, Grijalbo, México, 1994.

(4) Véanse las cifras en *El Estado del Mundo 1999*, Akal, Madrid, 1999.

(5) Véase *Amnestia Internacional, Informe 1998*. La historia asombrosa de Desi Mendoza es contada con más detalles en Alma Guillermoprieto, «Love and Misery in Cuba», *New York Review of Books*, 11 de junio de 1998.

(6) Fidel Castro, entrevista con el periodista francés Jean Daniel, 1973, citado por Rius, *Lástima de Cuba...*, op. cit.

(7) Expresión de Aurelio Alonso Tejada, «Una adecuación sin desocialización», *Cuadernos de Nuestra América*, CEA, n° 18, 1992. El mismo autor, investigador y diplomático cubano, reconoce que «los esquemas copiados de la economía soviética, unidos a ineficiencias estructurales y administrativas internas, no permitieron un uso racional de esa relativa prosperidad».

(8) Aldo Garzia, «Un primo bilancio della svolta del 1993», en Marx Centouno, «Cuba risponde

alla sfida», n° 16, junio, 1994. A pesar de sus simpatías ideológicas, Garzia se ve obligado a reconocer que «Cuba ha sido "asistida" demasiado tiempo, y desde 1989, pagó carísimo esa opción equivocada: todos los mecanismos económicos aparecieron artificiales, sostenidos por la intervención exterior y no por tasas reales de productividad y organización interna.»

(9) Citado en Luis Maira y Guido Vicario, *Perspectivas de la izquierda latinoamericana. Seis diálogos*, FCE, Santiago, 1991.

10. *Ibidem*.

(11) «Crisis, reestructuración y democracia», marzo 1993, texto reproducido en Marx Centouno, op. cit. Sumamente sintomático es el hecho que este señor, para medir el «sustancial decrecimiento» de la economía cubana, confiese que tiene que hacer referencias a datos de investigadores estadounidenses, ya que las cifras cubanas «no han sido notificadas públicamente».

(12) Expresión del vice-director del mismo centro de estudios, Julio Carranza Valdés, en «Los desafíos de la economía», *Cuadernos de Nuestra América*, CEA, n° 19, 1992.

(13) La propaganda castrista tiende a presentar la isla como si hubiera sido una especie de Haití o de Bolivia antes de 1959. Sin negar las fuertes desigualdades en la distribución de los recursos, no hay que olvidar que, en términos de desarrollo global, Cuba ocupaba el tercer lugar en América latina después de Venezuela y Uruguay. Véanse, por ejemplo, las cifras de la comparación con México en 1958 en *Statistical Abstract of Latin America*, Centro de Estudios de América Latina, Universidad de California, Los Angeles, 1960, citado en Rius, op. cit.

(14) Pier Paolo Pasolini, *Le belle bandiere*, Editori Riuniti, Roma, 1978.